



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Bohemia y juventud

Autor:

Biagini, Hugo E.

Forma sugerida de citar:

Biagini, H. E. (1999). Bohemia y juventud. *Cuadernos Americanos*, 2(74), 63-71.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 74, (marzo-abril de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Bohemia y juventud

Por *Hugo E. BIAGINI*
Filósofo argentino

EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XX puede constatarse una crisis cultural de modelos y la erección de nuevos paradigmas. Entre estas modalidades se destaca el inconformismo que acompaña a los jóvenes bohemios, quienes produjeron una relevante aportación a la causa del pensamiento alternativo, frente al predominio de aquellos que, según René Moreno, se guiaban por razones peregrinas como las de la fuerza o el destino manifiesto para avasallar a los pueblos.

Por ese entonces fue acentuándose la creencia en el sentido afirmativo que, dentro de la evolución histórica, correspondía asignarle al accionar de distintos sectores tradicionalmente descalificados: los trabajadores, la mujer, los hombres de color. Al mismo tiempo, surgía una confianza semejante en las potencialidades reductoras de la juventud. Un texto del intelectual anarquista Alberto Ghirardo nos sirve para ilustrar dicha mentalidad, lindante con el llamado juvenilismo, el cual también acompaña a diversas innovaciones estéticas y a una actitud donde se rescata la bohemia y se impugna el prototipo burgués:

Existe una clase de proletarios mucho más digna aún de llamar hacia ella la atención que la compuesta por los trabajadores manuales. ¡Esa juventud de intelectualidad robusta y preparada cuyos servicios nadie requiere, aunque, a fin de cuentas, todos aprovechan de ellos; a esa juventud llena de ideales que pocos comprenden, que muchos desprecian y a quien ningún poderoso, ningún gobierno tiende la mano amiga; a esa juventud pensadora que a pesar de todo va dejando en el camino de los tiempos su reguero de luz y preparando en las edades las diversas jornadas de las civilizaciones.¹

Durante dicho periodo finisecular, el modernismo exalta la figura del joven, tesoro divino y humano a la vez, en contraposición a la cultura prosaica del buen burgués, quien, para el primer Lugones,

¹ Alberto Ghirardo, "Bajo la Cruz" (1900), en Lea Fletcher, *Modernismo*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1986.

se asemejaba a un animal en el que la grasa prepondera sobre los sesos. En el gravitante arielismo de Rodó, la juventud, objeto de verdadera devoción, aparece no sólo como correlato de la vida bohemia y de "las acciones generosas" sino también como un eslabón entre la utopía y lo real, como agente movilizador por excelencia de las masas. Semejante mística juvenil impregna las primeras generaciones reformistas de nuestra América hasta prolongarse sensiblemente en el tiempo.

El espacio de los cafés, junto al de la plaza pública, constituía una verdadera universidad popular: miniparlamentos desde los cuales se cuestionaba el orden establecido. Uno de los más conocidos de esos establecimientos fue rebautizado como el Café de los Inmortales, nombre que se adoptó porque sólo bajo esa condición transmaterial podrían mantenerse vivos sus *habitués* —únicamente expuestos a las indigestiones literarias. Se trata de un sitio donde se preconizaba que llegar a los treinta años suponía la claudicación de todo entusiasmo existencial. A la bohemia que allí concurría se le adjudicaba una doble incapacidad: para subvenir al diario sustento y para prestarse al acomodo, la genuflexión y la obsecuencia. En él se podían escuchar planteos como los siguientes: "Debemos ser rebeldes porque componemos la juventud argentina de transición [...] estamos en la tanda en que vamos entreverados los criollos con los gringos [...] Y nuestra juventud ha de ser la que defina la diferencia que hay entre un hijo de papá y un muchacho de trabajo".²

Los jóvenes modernistas y utopistas de la generación de 1900 trasuntan la crisis que se produce en las filas del ordenamiento burgués y el espíritu positivo. Ello se refleja en un discurso contestatario e iconoclasta que apunta a la renovación de la cultura o a la instauración de una sociedad plena y transparente. Soñaban con un hombre y un mundo nuevos, con una nacionalidad ampliada que fuese el testimonio de un estado de conciencia superior al de los instintos territoriales, donde se revalorizara el papel de la belleza y la autodeterminación, de lo único y extraño. De allí que hayan sido menospreciados por considerárselos inmorales y soberbios, apátridas y descastados, neuróticos y bohemios, desaliñados parásitos sociales, pícaros y cínicos, artistas fracasados y decadentes, hampones y farsantes literarios que causaban una per-

² José Saldías, *La inolvidable bohemia porteña*, Buenos Aires, Freeland, 1969, p. 43

versa pasión colectiva sostenida por el alcohol, la droga y el amor libre.

La elevación del artista a máximo hacedor de la realidad y a dador de su sentido provocó la reacción de autores positivistas como Max Nordau, quien, además de enjuiciar como degeneradas a las costumbres finiseculares, descalificó como rayanas en la locura a casi todas las expresiones literarias, políticas y filosóficas de la época, sin excluir al krausismo, según testimonia Enrique Gómez Carrillo en *Almas y cerebros*, donde relata una entrevista con el propio Nordau. Rubén Darío, en sus semblanzas sobre *Los raros*, también se refirió a Nordau y a su evaluación de las variantes estéticas contemporáneas como formas de descomposición intelectual y degradación espiritual que, por priorizar los resortes emotivos, suponen una conducta atávica y un atentado contra el mejoramiento de la raza. Concomitantemente, se encuentran los embates, librados a ambos márgenes del Atlántico, contra la literatura y el arte en tanto ocupaciones pueriles, de perezosos e incapaces, condenadas a desaparecer como la versificación y las agitaciones revolucionarias. Por otro lado, Rodó efectuaría una encendida defensa de los bohemios, un mote que

en labios del burgués espeso y acorazado de fariseísmo equivale a una descalificación [...] sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie-de-la-letra. Entiendan y perdonarán. “Bohemio” no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio “Bohemio” es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese *embrujo* interior que, en tiempos de acción y de heroísmo, empujaba a las aventuras y las cruzadas, pero que en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias, que, aun en los casos en que son desatinadas e injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.

Entre las obras más sugerentes que transmiten el enfoque latinoamericano sobre la vida bohemia, el ambiente parisino y la situación cultural de España durante el periodo acotado se hallan las impresiones de quienes tuvieron ocasión de experimentar de cerca dichos fenómenos singulares. Un ejemplo típico lo brinda el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el cual ha retratado con simpatía al prototipo del bohemio, el joven, a menudo estudiante,

que vive desarregladamente, en sórdidas buhardillas y cafetines, con escaso dinero pero con muchas ilusiones, disfrutando de plena libertad y rodeado de un gran compañerismo, constreñido a comer con más frecuencia “raíces griegas o rimas raras o ensueños dorados que gallinas trufadas y jamones en dulce”. Además de sus amigos fraternos, los bohemios aparecen afectivamente unidos con las grisetas, esas musas instintivamente literarias en la calle y en el lecho que, en el caso de las *cocottes*, ofrecen belleza y sensibilidad como los artistas. Tales personajes femeninos han huido de las jaulas paternas en brazos de estudiantes, con los cuales comparten el anatema estético hacia los filisteos y la burguesía, a la que sólo le envidian su facilidad para alimentarse diariamente. Los bohemios, que llegan a ser concebidos como una clase en sí misma, se cuentan por legiones entre las huestes famélicas del estudiantado y de quienes escriben o pintan sin poder editar sus obras ni vender sus cuadros.

El enfrentamiento del bohemio con el burgués debe sumarse y sopesarse junto a las críticas al sistema capitalista que, por distintos motivos, venían sustentando tanto la izquierda como la derecha. Imágenes equivalentes harían asimilar la situación de esos sectores bohemios a los del proletariado, condicionando una nueva ideología, el juvenilismo, según la cual le corresponde a los jóvenes asumir los problemas sociales y ejercer un cambio de estructuras que conduzca al establecimiento de relaciones humanitarias.

En tal sentido, pueden evocarse dos significativos episodios epocales. Por una parte, la carta a la juventud, a los estudiantes del Barrio Latino, que Émile Zola —ese “Bautista de las grandes redenciones” según Santos Chocano— publica a fines de 1897 para que repudien el *affaire* Dreyfus, como poco después lo harían también los intelectuales que atacan ese episodio de flagrante persecución racial y firman un manifiesto que será como la piedra fundamental de la *intelligentsia* combativa. A los primeros les recuerda Zola el clásico amor juvenil por la libertad; su sublevación contra la fuerza bruta, los poderosos y la injusticia; su rebeldía a favor de los humildes, los abandonados y los pueblos oprimidos; su indiferencia hacia el acuerdo entre políticos anquilosados y hacia la opinión del periodismo venal. También los exhorta a ser los constructores de la ciudad perfecta, en la cual puedan hacerse reales todas las esperanzas:

¡Oh juventud, juventud! Te suplico, sueña en la gran tarea que te espera.
Tú eres el artesano futuro, tú vas a arrojar los cimientos de este siglo próxi-

mo, que según nuestra profunda fe, resolverá los problemas de la verdad y la equidad, planteados por el siglo que termina. Nosotros, los viejos, los mayores, te dejamos el formidable aporte de nuestra investigación, muchas contradicciones y oscuridades quizá, pero con seguridad el esfuerzo más apasionado que jamás siglo alguno haya hecho hacia la luz; los documentos más honestos y los más sólidos, los fundamentos mismos de ese vasto edificio de la ciencia que tú debes continuar.

Simultáneamente, hacia la misma fecha, los estudiantes de Guatemala inauguran una valerosa tradición de resistencia contra las dictaduras y el imperialismo, mediante la llamada Huelga de Dolores y su vocero periódico *No nos tientes*, cuyas modalidades se han prolongado de una manera u otra hasta nuestros propios días.

El reconocimiento de la bohemia y de los nuevos valores en juego produjo un subido desdén de la vanguardia intelectual latinoamericana hacia las rígidas actitudes hispanocéntricas. Gómez Carrillo se mofa de distintos personajes españoles que, reacios a toda innovación, pretenden atribuirle una preponderancia absoluta a su propia cultura, mientras se pavonean de la virilidad ibérica frente al pueblo francés, tan corrompido —según esos personajes— por la falta de parámetros éticos y religiosos que el mismo fin de siglo podía hacérselo coincidir apocalípticamente con el fin de la propia estirpe gala.

Entre los que ostentan esa postura maniquea, puede citarse a Juan Valera, quien, entre 1896 y 1899, aplaude el florecimiento de la raza ibérica y censura a los “*refinados* hispanoamericanos”, cercanos al modernismo, por distintas motivaciones: pecar de galomanía, celebrar las extravagancias culturales parisinas, idealizar a poetas como Verlaine u otorgarle un excesivo relieve a autores como Poe e Ibsen; adherir a tendencias fatalistas y ateas, a “doctrinas contradictorias y disparatadas” como las de Renan, Taine o Nietzsche; olvidarse de la casta española y empeñarse en hablar de América Latina en vez de Hispanoamérica; no percibir que en Madrid se daban más espectáculos y fiestas que en cualquier otra capital del mundo ni que en las principales ciudades de España existían colegios religiosos donde se educaba a la juventud más lozana. Pese al suceso que tendría el estreno de *La bohème* en Madrid, durante la primavera de 1898, Valera pasa por alto ese acontecimiento y llega a objetar la incorporación al castellano de la palabra *bohémio*.

De cualquier manera, y siguiendo a Manuel Azana, se trataba de una época memorable, de feroz contienda de la gente nueva

contra los viejos, de ese fenómeno imprescindible en que una generación desaloja sin grandes miramientos a la anterior; cuando “circulaba por Madrid, melenuda, enchisterada, escándalo de burgueses y señoritos, insolente promesa de una mañana fecunda, la magra humanidad de Valle Inclán”, integrando la *troupe* de los bohemios —esas aves nocturnas, esos príncipes callejeros de andrajos y de rimas que tantas veces se han muerto sin dar con la letra para su canción, sin vivir lo que soñaban pero soñando lo que escribían.

Si Francia representó para un dirigente como Rubén Darío la “Patria universal”, París fue para él y tantos otros el epicentro del arte y la ensoñación. Gómez Carrillo ha interpretado el duro atractivo que la misma encerraba para un escritor sin recursos:

¿Que la vida del literato joven y pobre era muy triste? Sí; era muy triste, tristísima, desgarradora... ¿Que París, más que una ciudad era una vorágine que devoraba las más fuertes complexiones y que enloquecía los más robustos cerebros? [...]

Lo sabía y no lo podía remediar. Exaltado por la corriente vertiginosa de la literatura, vivía sufriendo en su París miserable, pero vivía. Fuera de París, ni siquiera habría vivido; se habría agostado, habría echado de menos hasta el dolor, hasta el hambre.

No habría podido, materialmente no habría podido vivir lejos del boulevard. Estaba loco y París era su manicomio. Después de París, sólo una ciudad parecía habitable: la inmensa, la oscura, la atrayente ciudad del suicidio.²

Un clímax ideal para ejercer sus ideas lo va a descubrir el propio Darío en el llamado París americano, la ciudad de Buenos Aires que, a fines de siglo, constituía la principal capital del hemisferio sur y la segunda en el orbe latino, por su crecimiento económico y su receptividad sociocultural. Dentro del fascinante ámbito porteño, los clubes selectos estaban siendo sustituidos por democráticos cafés, donde, en medio de chanzas y fumadas, se reaccionaba contra una sociedad frívola y engolada, con ese “secreto imán” de la bohemia —al decir de José Ingenieros— que perseguía, entre otros anhelos, un cambio más justo para el continente americano.

En esa fascinante urbe cosmopolita, Darío se incorpora al grupo del Ateneo, donde, con el elemento más juvenil, oriundo de distintos países latinoamericanos y europeos, alborotó la atmósfera “con proclamações de libertad mental” frente “al anquilosamiento aca-

³ *Bohemia sentimental*, París, Librería Americana, 1902, pp. 12-13.

démico” y “al dogmatismo hispano”.⁴ Como lo resume más tarde el mismo Darío: “Y escribimos canciones bellas / de libertad y de lirismo / y nos coronamos de estrellas / y nos salvamos del abismo”. En una cervecería porteña, Aues’s Keller, el poeta nicara-güense redacta casi todos los pasajes de *Prosas profanas* y su famoso *Responso a Verlaine*; en esas mesas en las cuales

Se mezclaban todas las clases y las razas
y bullía una Babel de idiomas
entre el ruido de platos y de tazas
sobre las oscuras mesas de roble
(el vaso es silencioso, pues tiene sangre noble).⁵

Asentado en el Plata, Darío le sale al cruce al antifrancesismo de los puristas españoles como Unamuno:

Con París, que tanto preocupa al señor de Unamuno, tenemos las más frecuentes y mejores relaciones. Las últimas obras de Daudet y de Zola han sido publicadas por *La Nación* al mismo tiempo que aparecían en París [...] Como somos fáciles para el viaje y podemos viajar, París recibe nuestras frecuentes visitas y nos quita el dinero encantadoramente. Y así, siendo como somos un pueblo industrioso, bien puede haber quien, en ese minúsculo grupo, procure en el centro de tal pueblo adorar la belleza a través de los cristales de su capricho.⁶

De parecido tenor resultan las objeciones de Manuel Ugarte a Ramiro de Maeztu, quien cargaba a su vez contra los escritores latino-americanos por supuestos desvíos de la lengua y la nacionalidad españolas. Para Ugarte no había que levantar murallas chinas ni sostener “ingenuidades patrióticas” que el nuevo siglo “de fraternidad y luz comienza a relegar a los museos de arqueología”. Si España había ejercido otrora su ascendiente cultural, el mismo fue luego ocupado por Francia, sin que pudiera reprochársele a los hispano-americanos la ineluctable adopción del espíritu de los tiempos.

La declaración de propósitos que formuló Darío junto con Ricardo Jaimes Freyre, como directores de la *Revista de América* (1894), puede tomarse como una ilustrativa plataforma principista

⁴ Darío. *Autobiografía*, San Salvador, OEG, 1962, p. 151.

⁵ Ernesto Palacio, en Lysandro Galtier, *Carlos de Soussens y la bohemia porteña*, Buenos Aires, ECA, 1973, p. 51.

⁶ *Autobiografía*, p. 175.

de los planteles modernistas. Con esa publicación sus fundadores intentaron:

Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del arte puro, y desea y busca la perfección ideal, ser el vínculo que haga una y fuerte idea Americana en la universal comunión artística [...] Levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética que hoy hace con visible esfuerzo la juventud de la América Latina, a los Santos Lugares del Arte, y a los desconocidos orientes del ensueño [...] Luchar porque prevalezca el amor y la divina belleza, tan combatido hoy por invasoras tendencias utilitarias. Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América Latina, a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española.

Pese a los avances culturales que reportaron tales objetivos, teñidos de esteticismo, a veces se adoptó un cariz elitista que alejaría al intelectual de la gente y de la cosa pública, como puede desprenderse, *v.gr.*, de la lectura de obras como *El pensamiento de América* de Luis Berisso. Si bien este último trabajó mucho para que se relacionara entre sí la joven intelectualidad hispanoamericana y su libro contribuyó bastante para dicha finalidad, en él se trasluce un inveterado menosprecio hacia el hombre común, hacia las “plebeyerías republicanas” y hacia la política, visualizada como “rémora de los pueblos”.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Azaña, Manuel, *¡Todavía el 98!*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Barnaya, José, *Historia de la Huelga de Dolores*, Guatemala, Universidad de San Carlos, 1987.
- Barrantes de Bermejo, Ana C., *Buscando las raíces del modernismo en Costa Rica*, Heredia, EUNA, 1994.
- Berisso, Luis, *El pensamiento de América*, Buenos Aires, Lajouane, 1898.
- Bermann, Gregorio, *Juventud de América*, México, Cuadernos Americanos, 1946.
- Biagini, Hugo E., *Fines de siglo. Fin de milenio*, Buenos Aires, UNESCO- Alianza, 1996.
- , “Utopismo y juventud”, *Cuadernos Americanos*, 63 (1997), pp. 46-59.
- Blanco Aguinaga, C., *Juventud del 98*, Barcelona, Crítica, 1978.
- “Bohemia literaria y cosmopolitismo”, en *Nuestro Siglo*, Buenos Aires, Hyspamérica, s.f.
- Cartolano, Ana M., *Buenos Aires, les cafés littéraires*, París, Séguier, 1998.

- Castillo, Homero, comp., *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1974.
- Concha, Jaime, "El Ariel de Rodó o Juventud, 'Humano Tesoro'", *Mapocho*, 30 (1991), pp. 33-46.
- Darío, Rubén, *Autobiografía*, San Salvador, DPG, 1962.
- , *Los raros*, Barcelona, Maucci, 1905.
- Eslava Galán, José y D. Rojano Ortega, *La España del 98*, Madrid, EDAF, 1997.
- Esteban, José y A. Zahareas, *Los proletarios del arte*, Celeste, 1998.
- Franco Rodríguez, José, *El año de la derrota, 1898*, Mardi, CIAP, 1930.
- Galtier, Lysandro, *Carlos de Soussens y la bohemia porteña*, Buenos Aires, ECA, 1973.
- Ghiraldo, Alberto, "Bajo la Cruz" (1900), en Lea Fletcher, *Modernismo*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1986.
- Giusti, Juan Carlos, *Los cafés*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.
- Gómez Carrillo, Enrique, *Bohemia sentimental*, París, Librería Americana, 1902.
- , *Treinta años de mi vida*, 3 vols., Buenos Aires, Casa Vaccaro, s.f.
- Graña, César y Marigay, *On Bohemia*, Nueva Jersey, Transaction, 1990.
- Greca, Alcides, *Laureles del pantano*, Buenos Aires, La Baskonia, 1915.
- Lemaire, Gerard, *Teorías de los cafés*, París, Éditions de l'IMEC, 1998.
- Martínez Cuitiño, Vicente, *El café de Los Inmortales*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1954.
- Moreno, Gabriel René, "La unión americana", *Revista Moderna* (octubre del 899).
- Payró, Roberto, *Evocaciones de un porteño viejo*, Buenos Aires, Quetzal, 1952.
- Piñero, P. y Rogelio Reyes, eds., *Bohemia y literatura*, Universidad de Sevilla, 1993.
- Requeni, Antonio, *Cronicón de las peñas de Buenos Aires*, Buenos Aires, Co-regidor, 1986.
- Rivera, Jorge, *Los bohemios*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- , *La bohemia literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.
- Rodó, José Enrique, "Bohemia", en *El Mirador de Próspero*, Madrid, América, 1920.
- Saldías, José A., *La inolvidable bohemia porteña*, Buenos Aires, Freeland, 1969.
- Sociedades literarias argentinas*, La Plata, Universidad Nacional, 1967.
- Ugarte, Manuel, "El francesismo de los hispanoamericanos", *Revista Moderna* (mayo de 1903).
- Valera, Juan, *Ecos argentinos*, Buenos Aires, Emecé, 1943.
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.
- Zabala, Iris, estudio preliminar al libro de Alejandro Sawa, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Alhambra, 1977.
- Zola, Emilio, *Yo acuso*, Buenos Aires, Leviatán, 1983.